

Laude inicial del doctor Ángel Chiclana

Francisco LÓPEZ ESTRADA
Universidad Complutense de Madrid

¿Qué decir cuando las palabras sobran pero nos son necesarias? Nos ha reunido aquí a alumnos y profesores de esta Facultad (en particular, los de italiano) el dolor de haber perdido a un buen maestro y a un cordial compañero. Y éstas son palabras que se dijeron en el acto académico en memoria de Ángel Chiclana Cardona, iniciado por las que pronunció la Decana de esta Casa, doctora Pilar Saquero, que ha lamentado esta temprana pérdida, pues había nacido en 1935 y aún pudo habernos acompañado algunos años en el ejercicio de su vocación y gozando todos con el agrado del buen temple que siempre lo sostenía, aun en la adversidad.

Mi participación en este homenaje tiene sus límites, pues sólo expondré algún testimonio de su vocación inicial en los años primeros de sus estudios y en su formación como profesor antes de que se incorporase a esta Universidad Complutense en 1972. Y para esto me siento un buen testigo porque por entonces anduve con él o cerca de él, y lo puedo contar como una experiencia conjunta de su vida y la mía. Y es gran pena que sea yo quien lo cuente.

Comenzó nuestro trato en los años en que yo desarrollaba mi actividad académica en la Universidad de Sevilla. Tuve la curiosidad de guardar las fichas de clase de mis alumnos, más allá del papeleo administrativo. Entonces eso era posible porque no eran muchos y el trato perduraba después de los cursos. Recuerdo que por los años de 1950 tuve algunas clases de tres y cuatro alumnos, y a veces dábamos las clases en torno de una mesa camilla, como se las llamaba en Andalucía, con un brasero de picón que convenía remover de vez en cuando con una paleta, y a eso se le llamaba «echar una firma». Nos conocíamos todos por el nombre y nos tratábamos de una ma-

nera personal, y las clases a veces eran una amistosa conversación sobre la lección del día. Ángel vino a mis clases por entonces, y cursó los llamados «estudios comunes» de 1957 a 1959. Anoté en su ficha que, a sus veinte y pocos años, sentía inquietud y un cierto desasosiego por la creación literaria, la del presente de entonces. Mi labor consistió en irle asegurando también la del pasado, insistir en que todo era una continuidad, un mismo esfuerzo por la palabra en tiempos y lugares diferentes, y para eso lo incitaba a la lectura. Ángel tenía capacidad para la apreciación poética y crítica y se expresaba con soltura, tanto hablando como escribiendo. Y su caso era como el de otros, en los que se acusaba una decidida vocación por las letras. Y así figura en mis notas de clase. Entonces en Sevilla sólo podía cursarse la Sección de Historia, y a estos alumnos en los que su vocación era el estudio y enseñanza de la lengua y de la literatura les recomendaba que se pasasen a otra Facultad donde se explicase la especialidad que entonces cubría este aspecto de los conocimientos universitarios: Filología Románica. Eso fue lo que hizo Ángel y se vino a Madrid; él mismo lo vio claro y el cambio de lugar le vino bien pues le incitó esa inquietud tan suya, con la punta de bohemia que es propia del que siente y vive la literatura como algo personal e intuye la complejidad del proceso creador.

En Sevilla nos empeñábamos en establecer la mejor relación posible entre la ciudad y las actividades universitarias. Con este fin organizábamos recitales y sesiones de teatro leído dentro de las aulas y de cara al público, y con este motivo se favorecían las compañías estudiantiles. Y Ángel nos había ayudado en esto, y también lo había hecho Marisol Otal, cuya voz conocíamos todos porque era locutora de Radio Vida, una emisora que quería sobrepasar en lo posible la rigidez de las oficiales. Aquel era un mundo sin televisión y en el que la palabra sola tenía una función cultural de primer orden, tanto la oral como la leída. Y lo digo porque Marisol Otal también fue alumna mía en los Estudios Comunes, y el suyo era un caso como el de Ángel, con una decidida vocación por esta vía de la Filología Románica en la que se licenció. Su vocación por la letras era acusada, y su misma voz en la radio manifestaba una firme disciplina intelectual.

Los dos, Marisol y Ángel, se reunieron y formaron un hogar que durante años fue ambulante, de una parte a otra. Ángel enseñó tres años en Roma en la Facoltà di Magistero, de 1962 a 1965, cerca del profesor Carmelo Samonà, un acreditado hispanista, estudioso de los Siglo de Oro, en particular del teatro. Después, Ángel y los suyos pasaron a los Estados Unidos, y él enseñó en la Wayne State University de Detroit, de 1966 a 1968, y luego en la de Windsor en Ontario, Canadá, hasta 1971.

Tuvo, pues, ocasión de ejercer el magisterio fuera de España con estudiantes de otros países e ir creciendo en su experiencia lingüística y pedagógica en diferentes medios universitarios. Durante este periodo me lo encontré por las tierras americanas un año en que yo también estaba por allí como profesor visitante, y me acompañó por varias universidades canadienses en las que estuve dando conferencias. Ángel se desenvolvía por allí con gran soltura, y aún recuerdo con gozo sus observaciones sobre nuestras costumbres comparándolas con las de Canadá y los Estados Unidos del norte. Le hubiese resultado fácil arraigar en aquellas tierras como otros lo hicieron, pero era evidente que sentía nostalgia de la suya, y esto se transparentaba en sus conversaciones. Sin embargo, aquel contraste entre el mundo americano y el nuestro le resultó beneficioso, y más en él, de espíritu abierto y asimilador. La vuelta a España era algo previsible. La familia lo requería, y su propia madurez.

Entretanto seguía en relación conmigo y llevó a término bajo mi dirección su tesis doctoral sobre *Las fuentes italianas de la «Hermosura de Angélica» y la «Jerusalén conquistada» de Lope de Vega*, leída en la Universidad de Sevilla en 1971 y acogida *cum laude*.

Con lo que he dicho, he señalado la dirección inicial de las actividades universitarias de Ángel. Sobre la base de la Filología Románica en que se asentaron sus estudios sobre el español y las lenguas románicas, Ángel eligió el italiano como la lengua en que ejerció su labor de enseñanza en España. Los años pasados en Roma habían afirmado su conocimiento de esta lengua y su literatura. Y sus relaciones con los profesores italianos, sobre todo con los hispanistas de aquel país, le fueron abriendo perspectivas. Y luego en América prosiguió en esta labor, pues en la citada universidad de Wayne había Departamento de italiano, y en la de Windsor el italiano y el español se unían en un Departamento. Un joven estudioso, como él, con inquietud y curiosidad por la metodología que entonces representaba una innovación en la investigación literaria, pudo prepararse para relacionar las dos literaturas, como él hizo en su tesis doctoral, enlazando un autor tan «español» como Lope de Vega y los grandes poemas de Ludovico Ariosto y Torquato Tasso, tan «italianos» a su manera. El criterio de la literatura comparada dominó en la estructura de su tesis y siguiendo este método estableció el estudio de los grandes —al menos en tamaño— poemas de Lope, escritos al estilo europeo.

En esta parte dejó esta evocación objetiva de la vida de nuestro recordado profesor, con ocasión de que aquí en España comenzó su enseñanza de la lengua y literatura italianas. Más allá de la memoria de estos datos biográficos

cos, se encuentra el recuerdo del trato que tuve con el que fue mi alumno en las aulas de Sevilla, siempre alegre, ocurrente y agudo en ocasiones, al que, a pesar de ser madrileño de nacimiento, la vida de Sevilla se le había metido muy dentro, aunque no llegase a encerrarlo en su ritmo. Allí tuvo a Marisol cerca, tan castellana ella por la entonación, como bien sabían muchos de los sevillanos que la oían en la radio. Unidos los dos en familia, él prosiguió y ensanchó su formación universitaria en Italia, Estados Unidos y Canadá, hasta que se vino aquí, a Madrid, y en estas mismas aulas dejó el testimonio de una vida que aquí he querido recordar en este periodo primero. Y también quiero dejar mención de aquel optimismo que sabía transmitir a los que lo rodeaban, tocado, sin embargo, de algún toque de agudeza y perspicacia que acreditaban la viveza de su ingenio en la observación de la realidad. El discípulo de Sevilla, el amigo que me había acompañado por América y el compañero que luego encontré en estas aulas se confunden en este recuerdo con el que abro la evocación cronológica de su memoria. Otros seguirán el hilo del tiempo que se ha roto con su muerte.

Quede así expresado el testimonio de la pena que siento por haber perdido al que fue un buen discípulo, un amigo confortador, siempre alegre, presto a la fiesta verbal, al compañero que dejó la madurez de su vida en el espacio de estas aulas enseñando y sirviendo su vocación universitaria.